

RECUPERAR A DEREK WALCOTT

COMO LAS CIVILIZACIONES son finitas, en la vida de cada una llega un momento en que su centro pierde su fuerza de gravedad. Lo que entonces las libra de la desintegración no son las legiones sino el lenguaje. Fue el caso de Roma y, antes, de la Grecia helénica. La tarea de conservar el centro en tales épocas es, con frecuencia, acometida por los hombres de las provincias, de los confines. Contra lo que se cree comúnmente, los confines no están donde el mundo termina, sino precisamente donde comienza a extenderse. Ello afecta al lenguaje no menos que a los ojos.

Derek Walcott nació en la isla de Santa Lucía, en la región donde "el sol, fatigado de imperio, declina". Al hacerlo, como sea, calienta un crisol de razas y culturas mucho más grande que cualquier otro al norte del ecuador. El reino del que proviene este poeta es una Babel genética; el inglés, sin embargo, es su lengua. Si a veces Walcott escribe en dialecto criollo, no lo hace como ejercicio de estilo ni para aumentar su público, sino como un acto de homenaje a la lengua que habló de niño, antes de escalar la torre.

Las verdaderas biografías de los poetas son como las de los pájaros, casi idénticas: sus datos están en la forma en que suenan. La biografía de un poeta está en los giros de su lenguaje, en sus metros, rimas y metáforas. Al dar fe del milagro de la existencia, el conjunto de su obra es siempre, en cierto sentido, un evangelio cuyas líneas convierten a su autor más radicalmente que a su público. En los poetas, la elección de cada palabra es invariablemente más reveladora que la trama de la anécdota; por eso los mejores de ellos temen la idea de que se escriban sus biografías. Si fuese necesario conocer los orígenes de Walcott, sus poemas mismos serían la mejor guía. Lo que uno de sus personajes dice sobre sí mismo bien podría considerarse como el autorretrato del autor:

I'm just a red nigger who love the sea,
I had a sound colonial education,
I have Dutch, nigger, and English in me,
and either I'm nobody, or I'm a nation...

(Soy sólo un negro mulato que ama el mar,
poseo una buena educación colonial,
llevo en mí un holandés, un negro, un inglés,
de ese modo, o no soy nadie, o soy una nación...)

Esta graciosa cuarteta nos informa sobre su autor tan indudablemente como un canto lo hace —sin necesidad de que nos asomemos a la ventana— sobre un pájaro que hay afuera. Ese "ama" dialectal revela que habla en serio cuando se llama "un negro mulato". "Una buena educación colonial" puede muy bien referirse a la Universidad de las Indias Occidentales, en la que Walcott se graduó en 1953, aunque hay mucho más en esta línea, a la que volveremos más adelante. Digamos por lo pronto que escuchamos en ella tanto la *moft* a la locución misma, típica de la raza domi-

Joseph Brodsky

Traducción de Rafael Vargas

narite, como el orgullo del nativo en recibir esa educación. El "holandés" se debe aquí a que por sangre Walcott es realmente en parte holandés y en parte inglés. Pero, dada la naturaleza de su reino, uno piensa no tanto en la sangre como en los idiomas. En vez o además de "holandés", podría haber escrito francés, hindú, dialecto criollo, swahili, japonés, español, alguna denominación latinoamericana, y así sucesivamente; cualquier cosa que haya escuchado en la cuna o en las calles. La principal, en su caso, fue el inglés.

La manera en que la tercera línea cierra con "un inglés" es notable por su sutileza. Después de "llevo en mí un holandés", Walcott añade "negro", dando a la línea entera un giro descendente, jazzístico, de manera que cuando sube a "un inglés", tenemos un sentido de un tremendo orgullo, verdaderamente de grandeza, agravado por este salto sincopado entre "en mí" e "inglés". Desde la altura de "llevar un inglés", a la que su voz asciende con la renuencia de la humildad pero con la certeza del ritmo, el poeta desata su poder oratorio en "de ese modo, o no soy nadie, o soy una nación". La dignidad y el asombroso poder vocal de esta declaración se hallan en proporción directa tanto al reino en cuyo nombre habla como al oceánico espacio que lo rodea. Cuando uno escucha semejante voz, ya lo sabe: el mundo se extiende. A eso se refiere el autor cuando dice que "ama el mar".

Durante los treinta años que ha estado Walcott entregado a este amor al mar, los críticos de sus dos orillas han seguido llamándolo "un poeta de las Antillas" o "un poeta negro del Caribe". Estas definiciones son tan miopes y confusas como lo sería llamar a nuestro salvador "el galileo". La comparación puede parecer exagerada pero es apropiada, aunque sólo sea porque muestra que cada impulso reductor surge del terror a lo infinito, y tratándose de sed de infinito, la poesía va con frecuencia mucho más lejos que cualquier credo. La cobardía mental tanto como espiritual, evidente en el intento de reducir a este hombre a un escritor regional, quizá puede explicarse mejor por la renuencia de la crítica profesional a aceptar que el gran poeta de la lengua inglesa es un negro. Puede también atribuirse a la sordera o, como dicen los italianos, a *occhi ripieni di pomodoro*. Aunque, sin duda, la explicación más benévola está en el deficiente conocimiento de la geografía.

Pues las Antillas forman un archipiélago casi cinco veces más grande que el griego. Si la poesía ha de definirse según la realidad física, Walcott tiene cinco veces más material que aquel bardo que también escribió

en un dialecto —el jónico en este caso— y que también amó el mar.

Cuando el lenguaje se tropieza con la ausencia de un pasado heroico, puede surgir una situación en la cual la cresta de una ola cautiva la mente de manera tan poderosa como el sitio de Troya. De hecho, el poeta que parece tener más en común con Walcott no es un inglés sino el autor de *La Ilíada* y *La Odisea*, o el autor de *Sobre la Naturaleza de las cosas*. La necesidad de anotar cada cosa del universo que habita confiere a los poderes descriptivos de Walcott un carácter verdaderamente épico; no obstante, lo que salva sus líneas del frecuente tedio del género es la diversidad de la historia real de su reino y la calidad de su oído para el idioma inglés, cuya sensibilidad constituye en sí misma una historia.

Pero aparte del asunto de sus singulares dones, las líneas de Walcott son tan resonantes y estereoscópicas precisamente porque esta "historia" está llena de acontecimientos, porque el lenguaje en sí mismo es una invención épica. Todo lo que este poeta toca reverbera como ondas magnéticas cuya acústica es psicológica y cuyas implicaciones tienen eco. Desde luego, en ese reino suyo, las Antillas, hay mucho que tocar: —el reino natural sólo provee material fresco en abundancia. Pero veamos un ejemplo de cómo trata este poeta el tema más *de rigueur* en la poesía: la luna, a la que hace hablar:

Slowly my body grows a single sound,
slowly I become
a bell,
an oval, disembodied vowel,
I grow, an owl,
an aureole, white fire.

(Lentamente mi cuerpo crece en un solo sonido,
lentamente me vuelvo
una campana,
un óvalo, una vocal incorpórea,
yo crezco, un búho,
una aureola, fuego blanco.)

(De "Metamorfosis, Yo/Luna")

Y veamos cómo habla él mismo acerca del tema más poético; mejor dicho, veamos lo que le impulsa a hablar acerca de él:

...a moon ballooned from the Wireless Station. O
mirror, where a generation yearned
for whiteness, for candour, unreturned.

(...una luna lanzada desde la estación de
telégrafos. Oh
espejo, en el que una generación anheló
la blancura, el candor, sin recibir respuesta).

(De "Otra Vida")

La aliteración psicológica que casi fuerza al lector a ver las dos "oes" de la palabra *moon* indica no sólo la naturaleza recurrente de esta vista sino también la repetida disposición de las generaciones a mirarla. Fenómeno humano, esto último tiene una gran impor-

tancia para este poeta, y su descripción de aquellos que miran y sus razones para hacerlo asombra al lector con su astronómica ecuación de óvalos negros respecto del blanco. Parece como si las dos "oes" de *moon* se hubieran convertido en las dos "erres" de "O mirror", que sugieren, fieles a su virtud consonante, una "resistencia a la reflexión"; como si la culpa no cayera ni en la naturaleza ni en la gente sino en el lenguaje y en el tiempo. La redundancia del lenguaje y el tiempo, y no la elección del autor, es la responsable de la ecuación negro / blanco. Y esa ecuación se ocupa de la polarización racial en que nació ese poeta mejor que todos sus críticos y la supuesta imparcialidad de que son capaces.

Para ponerlo sencillamente, en vez de complacerse en la autoafirmación racial, que sin duda lo habría condecorado con sus enemigos potenciales y sus defensores, Walcott se identifica con esa "vocal sin cuerpo" del lenguaje compartida por los dos términos de su ecuación. La sabiduría de esta elección es, una vez más, no tanto suya como del lenguaje. Aun más: la sabiduría de su letra: negro sobre blanco. Walcott es como una pluma consciente de su movimiento, y es esa autoconciencia la que otorga a sus versos su elocuencia gráfica:

Virgin and ape, maid and malevolent Moor,
their immortal coupling still halves the world.
He is your sacrificed beast; bellowing, goaded,
a black bull snarled in ribbons of its blood.
And yet, whatever fury girded
on that saffron-sunset turban, moon-shaped
sword
was not his racial, panther-black revenge
pulsing her chamber with raw musk, its sweat,
but horror of the moon's change,
of the corruption of an absolute,
like white fruit,
pulped ripe by fondling but doubly sweet.

(Virgen y simio, doncella y moro maligno:
su cópula inmortal divide aún al mundo.
Él es la bestia a ti sacrificada, bramante,
aguijoneada,
negro toro enredado en los listones de su sangre.
Y sin embargo, sea lo que fuere la furia ceñida
a ese azafranado, crepuscular turbante, a esa
espada con forma de luna,
no se trataba de su venganza racial, negra pantera
inundando con olor de húmedo musgo —su
sudor— la femenina alcoba,
sino del horror a los cambios de la luna,
a la corrupción de un absoluto,
como una fruta blanca,
madurada a fuerza de mimos, mas de dudosa
dulzura.)

(De "Cabras y Monos")

Esto viene a ser una "buena educación colonial"; esto es lo que significa "llevar en mí un inglés". Con el mismo derecho Walcott pudo haber dicho que hay en

él algo de griego, latino, italiano, alemán, español, ruso, francés, debido a Homero, Lucrecio, Ovidio, Dante, Rilke, Machado, Lorca, Neruda, Ajmatova, Mandelstam, Pasternak, Baudelaire, Valéry, Apollinaire. No son influencias: son las células de su corriente sanguínea. Y si la cultura es más palpable entre el orín de árboles enanos por los que atraviesa "un lodoso camino, sinuoso como una serpiente en vuelo", saludemos el lodoso camino.

Eso es lo que hace el héroe lírico de la poesía de Walcott. Solo guardián de la civilización crecida con un hueco en el centro, se detiene en ese camino de lodo a mirar cómo "un pez salta, formando en el agua círculos que desposan la anchurosa bahía" con las "nubes curvadas como papeles quemados en las orillas" que cruzan arriba, y con "los alambres telefónicos que cantan de poste a poste, parodiando la noción de perspectiva". En su aguda visión este poeta se asemeja a Joseph Banks, con la diferencia de que al posar sus ojos en una planta "prisionera de su propio rocío", o sobre cualquier otro objeto, consigue algo que ningún naturalista es capaz de lograr: los *ánima*. Sin duda, el reino lo necesita, aunque no menos que él mismo para poder sobrevivir ahí. En cualquier caso, el reino lo recompensa; de ahí líneas como:

Slowly the water rat takes up its reed pen
and scribbles leisurly, the egret
on the mud tablet stamps its hieroglyph...

(Lentamente la rata almizclera toma su pluma de carrizo
y garrapatea con desgano; la garza estampa
su jeroglífico en la tablilla de húmedo barro...)

Esto es algo más que nombrar las cosas en el Edén: ocurre un poco más tarde. La poesía de Walcott es adánica en el sentido de que tanto él como su mundo se han apartado del paraíso: él, al probar el fruto del conocimiento; su mundo, por su historia política.

"¡Ah, insólito tercer mundo!", exclama en alguna parte, y hay en esta exclamación mucho más que simple angustia o exasperación. Es un comentario del lenguaje en torno a algo más que una mera ausencia local de vigor e imaginación; es una réplica semántica a la absurda y abundante realidad, épica en su miseria. Pistas de aterrizaje abandonadas, cubiertas de hierba, ruinosas mansiones de funcionarios públicos retirados, casuchas techadas con lámina corrugada, viejos botes costeros de vapor que tosen como "reliquias salidas de los relatos de Conrad", esqueletos de automóviles escapados de un deshuesadero que cruzan rápidamente bajo pirámides de condominios, políticos corruptos o desamparados y jóvenes ignorantes dispuestos a reemplazarlos, que mientras tanto se revuelcan en una jerigonza revolucionaria, "tiburones con aletas bien planchadas / nos devoran, plato insignificante, mientras esbozan filosas sonrisas"; un reino donde "te rompes la cabeza antes de encontrar un libro", donde, si uno enciende la radio, se puede escuchar al capitán de un crucero blanco anunciando que una isla azotada por el huracán recubre las puertas de su tienda turística; donde el pobre "sigue pobre, no importa qué culo agarre"; donde el trato que recibió el reino se resume diciendo:

"estábamos encadenados, pero las cadenas nos unían / ahora los que tienen, bien por ellos, y los que se marchitan se marchitan", y donde "más allá de los pantanos y los manglares / los ibises practican para timbres postales".

Ya sea que se acepte o se rechace, en las Antillas la herencia colonial continúa siendo una presencia hipnotizante. Walcott busca romper este hechizo, pero no aferrándose a la "incoherencia de la nostalgia", en busca de un pasado que no existió, ni tampoco procurándose un nicho en la cultura de los maestros idos (en la que, en primer lugar, no cabría, debido a la magnitud de su talento). Walcott actúa partiendo de la creencia en que el lenguaje es más grande que sus amos o sirvientes, y que la poesía, al ser su versión suprema, es por lo tanto un instrumento de mejoramiento para ambos. Que es, por ejemplo, una manera de lograr una identidad superior a las restricciones de clase, raza y ego. Se trata de puro sentido común; se trata también del más saludable programa de cambio social que exista. Así, la poesía es el arte más democrático; surge siempre de una coezón. En cierto sentido, el poeta es verdaderamente como un pájaro que trina sin importar en la rama de qué árbol se posa, esperando que haya público, aunque éste se componga solamente de hojas.

Sobre estas "hojas" —vidas— mudas o sibilinas, caídas, o inmóviles, sobre su impotencia y sometimiento, Walcott sabe lo suficiente para hacernos mirar a los lados de la página que contiene:

Sad is the felon's love for the scratched wall,
beautiful the exhaustion of old towels,
and the patience of dented saucepans
seems mortally comic...

(Triste es el amor del preso por el muro
garabateado,
y la paciencia de abollados sartenes
parece fatalmente cómica...)

y uno sigue leyendo, sólo para encontrar:

I know how profound is the folding of a napkin
by a woman whose hair will go white...

(... Yo sé cuán profundo es el doblez de una
servilleta
hecho por una mujer cuyo cabello se tornará
blanco...)

Pese a toda su descorazonadora precisión, este conocimiento está libre de la desesperanza contemporánea (que con frecuencia oculta un tambaleante sentimiento de superioridad), y es comunicado en tonos tan equilibrados como su fuente. Lo que evita que los versos de Walcott suenen histéricos es su creencia en que:

...time that makes us objects, multiplies
our natural loneliness...

(... el tiempo que nos convierte en objetos
multiplica nuestra soledad natural...)

que se resuelve en la siguiente "herejía":

God's loneliness moves in His smallest creatures.

(... la soledad de Dios alienta en Sus más pequeñas criaturas.)

A ninguna hoja, ni aquí ni en los trópicos, le gustaría escuchar esta clase de cosas, y por ello es que tan raramente aplauden el canto de este pájaro. Un silencio aún más grande ha de seguirle después:

All of the epics are blown away with leaves,
blown with careful calculations on brown paper,
these were the only epics: the leaves...

(Todas las epopeyas son barridas con las hojas,
barridas con cuidadoso cálculo en un cartón,
estas fueron las únicas epopeyas: las hojas...)

La ausencia de respuesta ha provocado en tantos poetas, y de tantas maneras, ese infame equilibrio —o tautología— entre causa y efecto: el silencio. Lo que evita a Walcott caer en una trágica pose, más que apropiada en su caso, no es su ambición sino su humildad, que lo ligan a él y a esas "hojas" en un ceñido libro: "mas quién soy yo ... bajo los talones de la multitud / para correr hacia la exclamación de su solo nombre: / ¡Pedantes!..."

Walcott no es un tradicionalista ni un vanguardista. Ninguno de los "ismos" a la mano sirve para definirlo. No pertenece a ninguna "escuela" —no hay muchas en el Caribe, excepto las de los peces. (Uno estaría tentado a llamarlo un realista metafísico, pero por definición el realismo es metafísico y viceversa. Y eso está mejor para la prosa). Puede ser naturalista, expresionista, imaginista, surrealista, hermético, confesional —el nombre que se quiera. Sucede simplemente que ha absorbido, como las ballenas el plancton, o como un pincel todos los colores de la paleta, todos los estilos que el norte podía ofrecer; ahora se sostiene por su propio pie, y en gran forma.

Su versatilidad en diferentes metros y géneros es envidiable. En general, no obstante, tiende hacia el monólogo lírico y la narración. Eso y sus obras de teatro en verso, así como su tendencia a escribir en ciclos, sugieren otra vez una vena épica en este poeta, y quizá es tiempo ya de estudiarlo por ese lado. Durante treinta años sus palpitations e implacables versos han estado arribando al idioma inglés como las olas de la marea, para cuajar en un archipiélago de poemas sin los cuales el mapa de la literatura contemporánea sería tan soso como un papel tapiz. En ellos nos entrega mucho más que a sí mismo o un "mundo": nos da un sentido del infinito encarnado en el lenguaje, como ocurre con el océano, presente siempre en sus poemas como fondo o en primer plano, como tema o ritmo.

Para decirlo de otra manera: estos poemas representan una fusión de dos versiones de infinitud: el lenguaje y el océano. El padre común de ambos elementos es, debe recordarse, el tiempo. Si la teoría de la evolución —especialmente la parte que sugiere que todos provenimos del mar— sigue siendo navegable, enton-

ces tanto temática como estilísticamente la poesía de Derek Walcott es el ejemplo de la más alta y lógica evolución de las especies. Sin duda fue afortunado al nacer en esos confines, en ese cruce de caminos donde el idioma inglés y el Atlántico llegan en oleadas sólo para recular. El mismo esquema de movimiento —la llegada a la playa y el regreso al horizonte— se encuentra en los versos, los pensamientos y la vida de Walcott.

Abramos un libro de Walcott y veamos "... la gris, acerada bahía / abierta sobre el oxidado gozne de una gaviota", escuchemos cómo "... la ventana del cielo retumba / por el ruido de los engranajes que marchan en reversa", advirtamos que "al final de esta oración comenzará la lluvia. / Y al filo de la lluvia, la vela de un barco..." Estas son las Antillas, así es ese reino que, en su inocencia histórica, confundió con "una luz al final del túnel / la linterna de una carabela" y pagó caro por ello: era la luz de entrada al túnel. Este tipo de cosas le ocurren con frecuencia a los archipiélagos igual que a los individuos; en este sentido, cada hombre es una isla. Si, a pesar de todo, debemos llamar antillana a esta experiencia y llamar a este reino las Antillas, hagámoslo, pero dejemos claro también que nos referimos al lugar descubierto por Colón, colonizado por los británicos, e inmortalizado por Walcott. También podemos añadir que conferir a un lugar un status de realidad lírica es un acto más imaginativo y más generoso que descubrir o explotar algo que ya había sido creado. En el poema "En memoria de W. B. Yeats", W. H. Auden escribió:

Time that is intolerant
Of the brave and innocent,
And indifferent in a week
To a beautiful physique,

Worships language and forgives
Everyone by whom it lives.

(El tiempo, que es intolerante
con el bravo y el inocente,
y en una semana indiferente
a un cuerpo hermoso y galante,

Venera el lenguaje y se olvida
de aquellos que le dan vida...)

Son pocos realmente los que caben en esta categoría; Derek Walcott es uno de ellos. Es el hombre gracias al cual vive el idioma inglés. Pequeñas partículas de tiempo nosotros mismos, estamos en una situación más bien tendiente a simpatizar con esta actitud hacia el lenguaje —una actitud propia de lo inferior a lo superior. El tiempo, así, parece adorar el lenguaje; para nosotros, no hay sino lectura.

Nota

¹Brodsky juega con las acepciones de la palabra "school", que en inglés significa también cardumen.